

TEXTO:

LA PUERTA OESTE DE LA MURALLA

Evitaba pasar junto aquella puerta y, por supuesto, atravesarla. Frente a ella y fuera de la ciudad se alzaba el pequeño promontorio en el que crucificaban a los condenados, y a Nicodemo le repugnaba la sola idea de pasar cerca de aquellos malditos. Se jactaba de ser un fariseo íntegro, dedicado al estudio de la ley, y su conducta intachable constituía su orgullo.

Movido por el deseo de progresar en el saber, había ido a visitar a aquel maestro de Galilea de quien todos hablaban. Lo hizo de noche: había murmuraciones en torno a aquel hombre y quería evitar que su visita desatara sospechas de complicidad con él. Pero la entrevista no transcurrió como esperaba: él iba buscando un intercambio de opiniones entre sabios, algún progreso en el saber que los enriqueciera a ambos, y le desconcertó el planteamiento abrupto de Jesús sobre la necesidad de nacer de nuevo. No era eso lo que él esperaba y se escabulló en la noche con una molesta sensación de inquietud. Sin embargo, no pudo evitar después seguir de lejos sus idas y venidas, e incluso preguntar con discreción sobre lo que Jesús hacía y decía. Algunos dichos suyos le parecían muy hermosos, como el *masal* del hombre que encontró un tesoro y lo vendió todo para hacerse con él: en el fondo, incluso le parecía una obcecación ver a sus compañeros fariseos empeñados en difamarle. Por eso se negó desde el principio a participar en la conspiración que tramaban contra él.

En una ocasión, y muy a pesar suyo, sintió que debía levantar la voz en su defensa en la reunión del Sanedrín. Se daba cuenta de que, al hacerlo estaba arriesgando su prestigio, y por eso adoptó un tono de moderada prudencia, pero, a pesar de ello, mereció un doble desprecio: el de quienes le escuchaban y el suyo propio por su cobardía.



Una extraña angustia se instaló en él a partir de ese momento, y vivió después con tensa expectación los preparativos de aquella Pascua: rogaba a Dios que Jesús no subiera a Jerusalén, donde le amenazaban sombríos presagios. Pero él subió, lo prendieron de noche y comenzó aquel juicio inicuo mientras él permanecía encerrado en su casa. En su interior luchaban dos hombres: el fariseo Nicodemo, aferrado convulsamente a sus viejas ideas, costumbres, saberes y prestigio, y otro hombre desconocido para él que, allá en lo más hondo, sabía que había encontrado un tesoro y tenía que venderlo todo si quería conseguirlo.

Al atardecer de la víspera de la fiesta de Pascua, antes que sonara el sofar que anunciaba el comienzo del sábado más solemne del año, una misteriosa tranquilidad se apoderó de él: salió de su casa, fue a comprar cien libras de perfume y se dirigió con decisión hacia la puerta oeste de la muralla. Se detuvo un instante en el umbral, consciente de que, si la atravesaba y se acercaba a aquel hombre maldito que colgaba de un madero, su vida ya nunca volvería a ser la misma. Sentía un desgarramiento en sus entrañas, como si una vida nueva, aprisionada en la matriz de su pasado, estuviera empujando para salir fuera de lo conocido.

Del otro lado estaba el campo que escondía el tesoro, y el crucificado ejercía sobre él una poderosa atracción, más fuerte que todas sus resistencias. Cruzó el umbral y se fue acercando, cargado con sus perfumes, al montecillo rocoso donde estaban clavadas las cruces.

Estaba vendiéndolo todo para poseer aquel tesoro. Estaban naciendo de nuevo.

CUESTIONES:

Esta historia es mi historia. Contemplar la figura de Nicodemo y el tiempo que le costó “rendirse” a Jesús me llena de ánimo. Me ayuda a aceptar la lentitud de mi propio proceso de fe y a confiar en que aún estoy a tiempo de consentir que la atracción del Crucificado sea más fuerte que mis vacilaciones y resistencias.

Compartiendo nuestra fe. Nicodemo ponía como pretexto su edad para resistirse a “nacer de nuevo”; al paralítico de la piscina le parecía imposible curarse porque llevaba postrado treinta y ocho años (Jn 5); y la mujer encorvada lo estaba hacía dieciocho (Lc 13, 10-14). Sería bueno preguntarnos si nos refugiamos en ese tipo de excusas (“ya a mi edad...”, “ya no estoy a tiempo...”) para permanecer estancados en la vida.

BUENA NUEVA:



Juan 3,1-8:

Un fariseo llamado Nicodemo, hombre importante entre los judíos, fue de noche a visitar a Jesús. Le dijo: –Maestro, sabemos que has venido de parte de Dios a enseñarnos, porque nadie puede hacer los milagros que tú haces si Dios no está con él.

Jesús le dijo: –Te aseguro que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le preguntó: –Pero ¿cómo puede nacer un hombre que ya es viejo? ¿Acaso puede entrar otra vez dentro de su madre para volver a nacer? Jesús le contestó: –Te aseguro que el

que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de padres humanos es humano; lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes si te digo: 'Tenéis que nacer de nuevo.' El viento sopla donde quiere y, aunque oyes su sonido, no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así son todos los que nacen del Espíritu.

ORACIÓN: RECONFIGURAR LA VIDA

Reconfigurar la vida:
ponernos en tus manos humanas y divinas
o al alcance de tu brisa que va y viene
por esos lugares tan poco presentes
en los manuales y en los álbumes.

Reconfigurar la vida:
aceptar los golpes, marcas y heridas,
pero no arrugarse ni detener la historia;
vibrar menos sin perder la música
y mantener fresca la memoria.

Reconfigurar la vida:
descubrir y admirar tus surcos y huellas
en nuestra carne vieja y correosa;
abrirse a tus sugerencias
aunque no lleguemos a entenderlas.

Reconfigurar la vida:
jugar al juego que tú jugaste,
partiéndonos en tiras, esquejes o estrellas,
compartiéndonos con dignidad
y dándonos en fraternidad.

Reconfigurar la vida:
aceptar a tu Espíritu
como centro, eje y motor de ella;
poner todas las cruces bajo su sombra
y agarrarnos con fuerza a tus promesas.

Reconfigurar la vida:
subir al monte en tu compañía,
disfrutar sin miedo tu teofanía,
saber escuchar la buena noticia
y bajar transformados al camino de la historia.

Reconfigurar la vida:
descubrirnos como flor florecida
-hermosa, perfumada y distinta-;
acercarnos a los otros dignamente
y hacer un jardín para los caminantes.



Reconfigurar la vida:
vivir en el mundo
siendo flor en la tierra;
descubrir y admirar a las personas
y agradecer tu invitación y vida.

(Florentino Ulibarri)

